

Con su gesticulación intentaba transmitirme que acababa de recordar algo que me tenía que decir, pero yo noté claramente que no había nada espontáneo en el aire. Comprendí que Mónica había estado dirigiendo la conversación para contarme lo que fuera que traía preparado. Tampoco podía criticarla por eso porque yo estaba haciendo lo mismo, esperando el momento justo para soltarle que me quería separar de ella.

—¿Qué cosa tienes que decirme? —le pregunté poniéndoselo fácil.

La noté coger aire como preparándose para resistir cierta presión y empezó la introducción de aquello que me quería decir:

—Resulta que he ido a acompañar a Cruz Maruja a su cirujano plástico.

—Vaya. ¿Qué le pasa a tu amiga? —añadí.

—Es que es algo muy privado de ella —se justificó Mónica de esa forma por no darme una respuesta.

—Entonces no me lo cuentes —le dije.

—Bueno, que le he preguntado sobre la mastectomía estética —dijo intentando aparentar una serenidad que no tenía, y añadió—: El cirujano dice que me vendría muy bien.

—¿Lo dices en serio?

La alegría que traía Mónica al llegar al cuarto de baño, y la ligera tensión que le había notado cuando empezó a hablarme del cirujano plástico, se convirtieron repentinamente en pura rabia, y de momento, levantándome la voz y con tono arisco, dijo:

—¡Tú sabes que “la mayor ilusión de mi vida” es tener unos pechos pequeños y bonitos!

—Pero Mónica, que yo no digo nada. Es cosa tuya —intenté que se calmara.

—¡No me jodas! —continuaba gritando—. ¡A ver si no voy a poder decidir sobre mi cuerpo!

Qué bruscamente había cambiado el ambiente. Yo no me alteré, porque después de todo, esos rápidos cambios de dama espléndida a emperatriz de la mala leche eran muy frecuentes en Mónica. Ni siquiera la “Campaña Happy Husband” era capaz de conseguir que controlara esos saltos de humor que siempre se producían en la misma dirección.

—A ver Mónica —añadí—. Que tú puedes hacer lo que quieras con tu cuerpo.

—¿Qué pasa? Que mi cuerpo no te importa, ¿no? —dijo agresivamente—. Pues que sepas que le he pagado ya la mitad.

Si no fuera porque los momentos de mal genio de mi mujer eran algo tan cotidiano, yo hubiera pensado que había fingido ese repentino mal humor para ser capaz de soltarme a la cara que, sin contar conmigo, había pagado una buena cantidad del dinero familiar para quitarse tetas.

—¿Qué dices? ¿Y de dónde has sacado el dinero? —le pregunté manteniéndome tranquilo, pero sorprendido.

—De la cuenta de los alquileres —y levantó los ojos mirándome para ver como reaccionaba.

—Pero Mónica, ese dinero era para la universidad —mantuve la calma.

—Ya sé que es el dinero de la universidad —respondió.

Hizo un silencio desabotonándose despacio la camisa con cierta artificialidad, y mirándome fijamente a los ojos. Estiró de la tela hacia los lados con ambas manos para dejarla bien abierta y me mostró su escote añadiendo:

—Pero mis pechos...

La interrumpí y dije:

—Me quiero separar.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Me quiero separar Mónica —repetí.

—¿Por 10.000 euros? —soltó la camisa mientras decía eso, y la tela se juntó ocultando de nuevo sus pechos aunque con los botones desabrochados.

—No es por eso —dije—. No nos llevamos bien, discutimos a diario, no congeniamos, esto ya no tiene sentido.

Esperaba que llorara. Pero no lo hizo. Sorprendiéndome se mantuvo muy serena y en silencio sin dejar de mirarme mientras se abrochaba de nuevo los botones de la camisa con un gesto orgulloso. Yo continué dándole mi explicación.

—Es que..., escucha, sé que no lo vas a entender —había llegado el momento de soltar la liebre—. Necesito libertad. Será cosa de la edad pero... solo se vive una vez. De ahora en adelante voy a tener relaciones abiertas con otras mujeres.